

INSPECTORIA SAN FRANCISCO JAVIER
COLEGIO DON BOSCO
VIEYTES 150
8000 BAHIA BLANCA (Pcia.Bs.As.)
ARGENTINA



Queridos hermanos:

El 10 de enero del corriente año nuestro hermano, el sacerdote DOMINGO DE LA IGLESIA, a los 73 años, entró "a participar con plenitud en la Pascua de Cristo" (C. 54).

Todo el año 85 había ido anunciando el desmejoramiento de un hombre fuerte y el presentimiento en el P. Domingo de que la presencia del mal irreversible lo acompañaba. Prolífico en las recomendaciones médicas se sometió a molestos y cansaderos análisis hasta el anuncio de la internación. El lunes, 25 de noviembre, el hospital le abría las puertas del último tramo, breve y doloroso, hacia la plenitud, el podio de los hombres fieles a la Vida. "Yo ya estoy a punto de ser derramado como una libación, y el momento de mi partida se aproxí

ma: he peleado hasta el fin el buen combate, concluy mi carrera, conservé la fe. Y ya está preparada para mí la corona de justicia, que el Señor, como justo Juez, me dará en ese Día" (2 Tim 4,6-8).

Sólo las garras insaciables de la debilidad, que lo amarraron decididamente al lecho, le impidieron continuar su ejercicio predilecto de la reconciliación. En esa lucha por la vida, con los ojos humedecidos y el corazón de Pastor bueno, comentaba a sus parientes: "... hay muchos que me necesitan". Y Dios, en sus insondables designios, nos revela que lo necesitamos más desde el corazón del Padre, en las mansiones eternas, donde el hombre queda reconciliado plenamente con su Señor.

El P. de la Iglesia había nacido en Buenos Aires, el 12 de mayo de 1912. Sus padres, Manuel e Isidora, eran inmigrantes españoles de sólida fibra católica que hasta asentarse en Bahía Blanca tuvieron que deambular por diversas regiones del País realizando distintos trabajos.

Curso sus estudios primarios en Buenos Aires, lejos de la familia. Cuando debía ingresar al ciclo secundario, sus padres ya se habían radicado en Bahía Blanca. Regresó entonces al núcleo familiar y se inscribió en la Escuela de Comercio.

Educado en la fe se puso en manos del P. Raúl Entraigas para que lo guiara en el sacramento de la penitencia, del que sería maestro infatigable. El confesor fue reconociendo en Domingo el llamado de Dios al servicio apostólico. Dócil a la sabiduría espiritual del P. Entraigas supo sortear los no pocos obstáculos que le pretendían frenar su ingreso al Aspirantado. Tenía 20 años cuando entró en Fortín Mercedes como aspirante. Todos vieron con admiración cómo Domingo compartía la vida de pupilo con chicos mucho más jóvenes que él. El que busca metas elevadas no se amedrenta ante los obstáculos.

En Fortín hizo el noviciado con la primera profesión el 1937 y los estudios filosóficos. Curso teología en Córdoba y fue ordenado sacerdote el 1946. Comienzan así cuarenta años de fecundo servicio sacerdotal, concentrados en dos ciudades: Trelew y Bahía Blanca. En ambas se desempeñó como Consejero y Prefecto, Director y Párroco. Durante dos años tuvo a su cargo también la Secretaría Inspectorial.

De carácter decidido no estaba hecho para medias tintas.

Por eso el amor a Don Bosco, la fidelidad a la vocación religiosa y el celo apostólico sellaron toda su vida. En sus conversaciones aparecía indefectiblemente la referencia natural a Don Bosco y a la tradición salesiana. El mismo uso de la sotana hasta el último momento fue en él un signo de fidelidad a las disposiciones de los superiores. Cuando se presentaba el tema de la vocación se mostraba tocado en sus raíces y desplegaba la más convencida defensa.

Vivió su consagración religiosa en una auténtica tersura. Delicado en las relaciones, generoso en el servicio, responsable en sus cometidos. Hasta último momento se sometía a la decisión del superior antes de asumir compromiso alguno o para disponer de bienes materiales, aún de ínfimo valor, lo cual, conocido su recio carácter, denotaba un grado admirable de humildad.

Como Párroco ponía un cuidado especial en la atención a los enfermos. Se esmeraba sobremanera para que nadie se quedara sin los sacramentos. Preparaba con empeño las homilías y catequesis populares. Ha dejado numerosas carpetas, prolijamente ordenadas, con todo tipo de homilías. El mismo, al comentar el hecho en las visitas durante la enfermedad, decía: "antes me dedicaba mucho".

Pero su tarea más propia y desgastadora, especialmente en los últimos años, fueron las largas horas de gracia en el confesionario. Se levantó prácticamente del confesionario para entrar en la muerte. La víspera de su internación, domingo, el P. Director le sugirió que si se sentía cansado no fuera a confesar. El P. de la Iglesia, intuitivo y Pastor celoso, le respondió: "quizás sea ésta la última vez que lo pueda hacer". Al finalizar la jornada, siguiendo su sabia intuición y su característica valorización de la gracia sacramental, se hizo administrar la Unción de los enfermos. Los hechos le dieron la razón y la satisfacción de haber consumido hasta las últimas fuerzas dispensando el don de la gracia, como genuino hijo de Don Bosco.

Numerosas comunidades de religiosas lo tenían puntualmente a la cita en los horarios más dispares o en su desparago esperando su llegada. En la Iglesia su confesonario siempre estaba dispuesto. Muchos párrocos lamentan su perdida porque antes supieron reconocer su labor. Todos sabían que estaba.

En el trato con los demás hablaba lo indispensable, y
hablaba bien o callaba. Parecía haber hecho suyo el Aguinaldo de Don Rinaldi: "Hablar bien de todos, pensar bien de todos, hacer bien a todos". Sin embargo era sumamente agradecido. Se veía en la correspondencia y en los augurios que enviaba, y lo ratificó notoriamente a lo largo de su enfermedad. No dejaba pasar el más mínimo detalle sin su correspondiente gracias, auténtico y consciente.

Cuando la enfermedad lo postro definitivamente en la cama con agudos dolores se le despertó la natural lucha por la vida. Quería vivir porque quería servir. A veces la naturaleza, sacudida por las hostigaciones de la muerte, le sorprendía con pequeños brotes de rebelión, pero la firmeza de la fe, alimentada en la oración, los fue suavizando hasta convertirlos en ofrenda generosa por la vocaciones sacerdotales y consagradas.

Consciente hasta el último momento pudo hacer entrega cabal al Señor de su vida, el sacrificio agradable a Dios. Las fuerzas no le permitían estrechar el crucifijo y entonces expresaba su amor a la cruz redentora besándolo y repitiendo las jaculatorias a Cristo Salvador, a María Auxiliadora y a Don Bosco que se le sugerían. Cedió su existencia haciendo profesión de lo que había ratificado en su consagración religiosa.

"El recuerdo de los hermanos difuntos, nos dicen las Constituciones, une en la caridad que no acaba a los que aún peregrinan con quienes ya descansan en Cristo". Viviendo el espíritu de lo que hemos profesado incorporaremos en nuestras celebraciones y en nuestra oración a nuestro hermano, el P. Domingo de la Iglesia.

Cordialmente en Don Bosco:

El Director y la Comunidad del Don Bosco

Bahía Blanca, 12 de febrero de 1986